

CAPITULO VII.

Nuevas guerras en Italia.—Política del rey D. Fernando el Católico.—Partición del reino de Nápoles entre el rey de Francia y D. Fernando.—Division entre españoles y franceses.—La princesa D.^a Juana es jurada como heredera del trono.—Batalla de Cerinola.

IMPORTANTES sucesos habian tenido lugar en Italia durante el tiempo en que pasó todo lo que hemos referido en el anterior capítulo.

Luis XII de Francia no habia renunciado á sus pretensiones sobre Italia, á pesar del tratado de paz que habia celebrado, y como los políticos italianos no habian aprendido lo suficiente en las anteriores desgracias respecto á lo perjudicial que era el facilitar á los extranjeros la entrada en su país, prestaron auxilio al Monarca francés sin tener en cuenta que ellos habian de ser los principalmente perjudicados.

Alejandro VI, desavenido con D. Fadrique de Nápoles por haberse negado á dar la mano de su hija á César Borgia su hijo, accedió á la alianza con el rey de Francia, que esperaba de él autorizar su divorcio, ofreciéndole para su hijo César la mano de una princesa napolitana, húngara ó francesa, y el ducado de Valentinis.

De igual modo, la república veneciana unióse al francés para combatir al duque de Milan, y Florencia y otros varios estados de mas humilde categoría, pensando en la propia utilidad, formaron tambien causa comun con Luis XII, ó bien prometieron mantenerse neutrales.

Sin tener formidables enemigos á quien combatir, en el corto espacio de quince dias se apoderó el rey de Francia del Milanésado, y el Duque, puesto en manos de Luis XII por sus mismos auxiliares, fue conducido á Francia, donde terminó su vida en triste cautiverio.

Fernando el Católico, ambicionando el reino de Nápoles, no podia ver, sin inspirarle graves recelos, el engrandecimiento del rey de Francia en Italia, así que procuró llamar la atención de aquellos estados inclusa la misma Roma, sin obtener de ello mas que desavenirse con Alejandro VI censurándole su conducta.

El rey de Nápoles, el mas amenazado precisamente, fue á dar el pretexto que necesitaban los que envidiaban su reino.

Sin ejército, faltó de recursos, aislado en medio de los demás estados italianos, recelando del rey de Francia y desconfiando del de España, imploró el auxilio de los turcos, que ocupaban algunas de las ciudades de la república de Venecia, y Bayaceto se lo prometió.

Tan desesperada resolución fue mirada con horror por los que tenían fijos los ojos en su reino, y les sirvió perfectamente para realizar sus designios.

Mientras Fernando equipaba en Málaga una poderosa armada, compuesta de sesenta naves, en la que habian de ir seiscientos caballos, cuatro mil hombres de desembarco, y gran número de voluntarios, flor de la nobleza española, bajo el mando de Gonzalo de Córdoba, el embajador de Aragón en París, proponia al rey de Francia el sistema de partición del reino de Nápoles, que al fin fue aceptado por aquel.

La armada estaba equipándose bajo el aparente pretexto de proteger á los venecianos contra los turcos; y el tratado de partición, ratificado en Granada en 11 de noviembre de 1500, se convino en que permaneciese secreto hasta que estuviesen terminados todos los preparativos.

Las condiciones de este inhumano convenio eran, que siendo de origen bastardo D. Fadrique, no tenia derecho legítimo para ocupar el trono de Nápoles, y que en virtud de haber llamado en su auxilio á los turcos habia puesto en grave riesgo á la cristiandad, siendo, por lo tanto, necesario que se le despojase de aquel estado, para evitar el peligro que con semejante Monarca podia sobrevenir. En su consecuencia, la tierra de Labor y el Abruzzo quedaban á favor del rey de Francia, el cual tomara el título de rey de Nápoles y Jerusalem, y la Pulla y la Calabria, al de España, con el título de duque.

Gonzalo de Córdoba, unido á los venecianos, atacó el fuerte de San Jorge de Cefalonia, que ocupaban los turcos, y se apoderó de él, siendo este, como dice un escritor, «el primer golpe que se daba á las triunfadoras armas de Bayaceto.»

El ejército francés y el español, obrando de comun acuerdo, llenaron de asombro á los príncipes italianos, que nada habian podido sospechar, y cuando Alejandro VI pudo saber la verdad, apresuróse á dar á entrambos reyes la investidura que apetecian, despoysendo al infortunado D. Fadrique.

Al tener Gonzalo de Córdoba noticias del tratado de partición, apresuróse á devolver al rey de Nápoles todas las mercedes que de él habia recibido, suplicándole que le relevase de sus obligaciones de homenaje y fidelidad, accediendo aquel á lo segundo, mas suplicándole que conservase las primeras.

D. Fadrique, no queriendo exponer su capital á los mismos horrores de que habia sido teatro Capua, al ser tomada por los franceses, se entregó á la generosidad de Luis XII, quien le recibió con grandes atenciones, señalándole el ducado de Anjou y una renta considerable para atender á su subsistencia.

Lógico era, que desde el momento en que españoles y franceses llegasen á tocar la parte que á cada uno correspondia, comenzaran las disidencias, y efectivamente, al proceder á repartirse el terri-

torio napolitano, los franceses se quejaron de que las rentas que producía la parte que en el tratado se les asignaba, eran menores que las de los españoles, y, por lo tanto, que estos debian cederles el todo ó parte de la Basilicata y Capitanata, que poseian.

Gonzalo se veia con escasas fuerzas para contrarrestar á las de los franceses, y Fernando le dijo que procurara evitar un rompimiento hasta tanto que pudiese enviarle los refuerzos que necesitaba.

El Gran Capitan reunió todas las fuerzas que tenia distribuidas en varios puntos, fuerzas que estaban tan mal vestidas como mal pagadas, y se retiró á Barletta, punto el mas á propósito, tanto para resistir á sus contrarios, cuanto para recibir socorros.

El duque de Nemours, despues de haberse apoderado de Canosa, defendida por seiscientos españoles, á las órdenes de Pedro Navarro, puso estrecho bloqueo á Barletta, mas los sitiados, haciendo constantes salidas, se procuraban viveres y mantenian en perpétua alarma á los franceses, hasta que despues de haber entretenido el cerco algun tiempo con caballerescos combates, despues de tener que luchar Gonzalo con el abandono en que parecia tenerle el Rey y las repetidas quejas de sus soldados, el duque de Nemours, que le habia enviado mensajeros diciéndole que saliera al campo á decidir la contienda por medio del combate entre ambos ejércitos, recibiendo de Gonzalo la respuesta de que él estaba acostumbrado siempre á elegir tiempo y lugar para combatir, levantó el campo y se alejó de allí, siendo hostigado en su retirada por los españoles, que le hicieron algunos prisioneros.

El almirante Lazcano derrotó en las aguas de Otranto á la armada francesa, y Gonzalo pudo recibir un gran convoy que reanimó el espíritu de sus soldados, y reforzado mas tarde con dos mil mercenarios alemanes, pudo tomar la ofensiva.

Por este tiempo, la princesa D.^a Juana, que habia tenido un hijo en Gante, nacido en 24 de febrero de 1500, al cual se puso el nombre de Carlos, y á quien, con motivo del fallecimiento del príncipe D. Miguel, le correspondia la sucesión á la corona, vino á España acompañada de su esposo el archiduque D. Felipe, con gran comitiva de caballeros flamencos, siendo jurados y reconocidos como herederos del reino, en las Cortes de Toledo, en 22 de mayo de 1502.

Pronto se cansó el Archiduque de permanecer en España, y como para regresar á su país habia de pasar por Francia, manifestó á Fernando si queria que él se encargase de tratar con aquel Monarca acerca de la paz.

Desconfió el Monarca español de la capacidad de su yerno para asunto tan delicado, y le dió por compañero á Fr. Bernardo Boil, abad de San Miguel de Luxá, el cual llevaba las instrucciones necesarias para obrar.

La presunción de Fernando salió exacta; Felipe hizo un tratado inconveniente para los intereses de su suegro, tratado que se celebró con grandes fiestas y regocijos.

La base de él, era el matrimonio de Carlos, hijo de Felipe, con Claudia, princesa de Francia, los que al momento de firmarse los esponsales tomarian los títulos de reyes de Nápoles y duques de Calabria.

La parte francesa de este nuevo reino, mientras se prolongara la minoría de la princesa Claudia, habia de ser regida por el Monarca francés, así como la española, por el archiduque D. Felipe, en nombre de su hijo.

Fácilmente se comprende que el político y sagaz Fernando no habia de quedar satisfecho con el arreglo de su yerno, y al saberlo por el P. Boil, envió instrucciones á Gonzalo de Córdoba para que no obedeciese orden alguna emanada de aquel.

Hízolo así el Gran Capitan, y noticiando á los franceses que continuaria la guerra con el mayor vigor, reforzado con algunos cuerpos de tropas, abandonó los muros de Barletta el dia 28 de abril, á través con una rapidez extraordinaria el campo de Cannas, célebre por la gran victoria de Anibal, y llegó por la tarde á Cerinola, que ocupaba una buena posición sobre una eminencia.

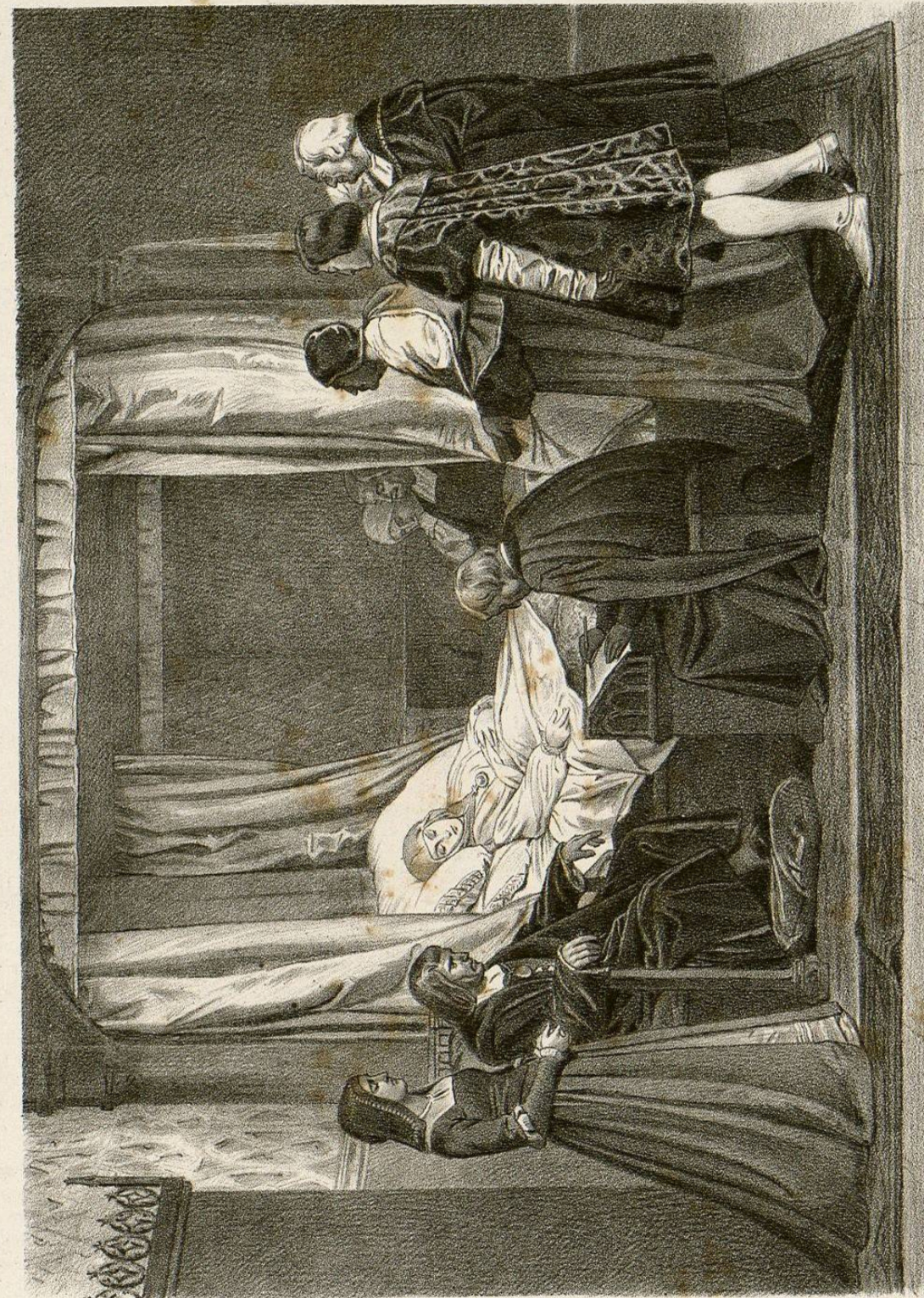
Las tropas francesas avanzaban tambien creyendo sorprender á Gonzalo, mas este ordenó que se abriese inmediatamente un foso, y levantando un parapeto, colocó sobre él sus trece cañones, formando detrás las tropas en orden de batalla.

A la caída de la tarde llegaron los franceses, y aun cuando el duque de Nemours quiso diferir la batalla hasta el siguiente dia, sus capitanes le instaron y dió la orden de atacar.

Dividió su fuerza en tres cuerpos, y el primero, que lo formaba la caballería bajo su mando, al llegar frente al parapeto recibió los disparos de la artillería, sin poder seguir su carga por el foso que habia hecho abrir Gonzalo.

Entonces cayó mortalmente herido el Duque, y el segundo cuerpo tambien vió morir á su jefe sin haber podido ganar la importante posición.

Entró el pánico entonces entre los franceses, y en aquel momento dió Gonzalo orden á sus tropas para el ataque, ataque que no pudieron resistir los contrarios, quedando mas de tres mil en el campo de batalla, apoderándose los españoles de su artillería, banderas y equipajes.



MUERTE DE ISABEL LA CATÓLICA.

CAPITULO VIII.

Entrada del Gran Capitan en Nápoles.—Disgustos que experimentaba el rey D. Fernando el Católico.—Primeros síntomas de demencia en la princesa D.^a Juana.—Nueva campaña de Italia y nuevos triunfos de Gonzalo.—Victoria del Garellano.—Tratado de Lyon.—Muerte de la reina D.^a Isabel la Católica.

Cos la famosa batalla de Cerinola quedó despejado para el Gran Capitan y sus soldados el camino de Nápoles.

D. Fernando de Andrade, unido á otros capitanes españoles, habia conseguido otra victoria en Calabria sobre las tropas de Aubigny, y esto contribuyó tambien en gran manera para que todas las ciudades que encontraban á su paso los soldados de Gonzalo, les franqueasen sus puertas, recibiendo el Gran Capitan en Benevento á los enviados napolitanos que iban á entregarle las llaves de la capital, donde hizo su entrada triunfal el dia 15 de mayo de 1503, en medio del mayor entusiasmo.

Semejantes noticias, recibidas por el rey de Francia cuando menos las esperaba, teniendo en cuenta el tratado que hiciera con el archiduque Felipe, irritáronle extremadamente, sintiendo el yerno de Fernando de un modo tal el bochorno que sufría, que estuvo enfermo de bastante gravedad.

Inmediatamente escribió á España pidiendo la ratificación del tratado, pero los embajadores españoles manifestaron que jamás el Monarca firmaría un tratado hecho en contravención de sus órdenes.

De aquí toman pié los historiadores franceses para hacer severos cargos al Monarca español, ultrajando su memoria, injurias que, á nuestro juicio, no merece, puesto que el Archiduque habia traspasado las instrucciones que llevaba, firmando un convenio para el cual no estaba autorizado.

Francia preparóse para vengar su afrenta, y mientras tanto Fernando, á pesar de los graves disgustos domésticos que sufría, no dejaba de hacer otro tanto para contrarrestar á tan poderoso enemigo.

La salud de la reina D.^a Isabel empeoraba de una manera harto visible, contribuyendo á esto la desgracia de todos sus hijos, que habian ido falleciendo, y finalmente los síntomas de demencia que se acentuaban mas á cada instante en su hija D.^a Juana.

Ciegamente enamorada esta de su apuesto y veleidoso consorte, desde que este habia marchado, á todas horas estaba pidiendo que la llevaran junto á él.

Habia recibido ya pruebas sobradas de su inconstancia, y temía siempre que otro nuevo afecto acabara de arrebatárle á su cariño.

El nacimiento de su segundo hijo Fernando, ocurrido en 10 de marzo de 1503, no fue bastante á hacerla dominar aquella tenaz idea que la perseguía, y tan resuelta se hallaba á marchar, que una noche salió de su estancia del Alcázar de Medina, dispuesta á emprender el viaje sola, siendo necesario que se levantase el puente levadizo para cohartar su determinación.

Mas no quiso volver á su cuarto, y toda la noche permaneció á la intemperie llorando amargamente, siendo necesario avisar á la reina D.^a Isabel, que estaba en Segovia, para que viniese inmediatamente, y por este medio pudo reducirla á que se recogiese en su aposento, prometiéndola que daría orden para que se preparase la escuadra que habia de conducirla al lado de su esposo.

Tres grandes ejércitos habia prevenido entre tanto el rey de Francia para vengarse del Monarca español, de los cuales, uno, bajo el mando de La Tremouille, habia de combatir en Italia; otro, dirigido por el señor de Albret, padre del rey de Navarra, habia de entrar en España por la parte de Fuenterabía; y el tercero, al mando del mariscal de Rieux, estaba destinado á invadir el Rosellon.

Además organizáronse dos poderosas escuadras, para Italia la una, y para las costas de Cataluña la otra.

Pero los dos ejércitos destinados á guerrear en España se vieron obligados á penetrar en su país, el uno por no atreverse á franquear los montes fuertemente defendidos por los aragoneses y navarros, y el otro rechazado por el mismo Fernando en persona, mientras la escuadra destinada á las costas españolas quedaba deshecha por una violenta tempestad.

Treinta mil hombres contaba el ejército de Italia y el mejor tren de artillería que se habia conocido en Europa, mientras el del Gran Capitan apenas si llegaba á la mitad.

Ocurrió precisamente por aquellos momentos la muerte de Alejandro VI, y esto ocasionó algun retraso en las operaciones de los franceses, pues el cardenal de Amboise, favorito de Luis XII, que aspiraba al solio pontificio, para apoyar sus pretensiones, deseó que las tropas francesas se adelantaran hácia Roma.

Gonzalo, á su vez, envió tambien dos ó tres mil hombres al mando de Mendoza y Fabricio Colonna, mas la exaltación al trono del Orbe cristiano del cardenal de Sena, Pio III, destruyendo las pretensiones del de Amboise, hizo innecesarios los dos ejércitos en Roma.

Un mes habia perdido el ejército francés en este punto, tiempo que Gonzalo habia aprovechado perfectamente eligiendo la orilla del río Garellano para defenderse con ventaja, á pesar de la inferioridad de su ejército.

En ella encontró una magnífica línea de defensa, y la utilizó de tal modo, que cuando el ejército francés apareció en la orilla opuesta y trató de atacar á Rocaseca, ocupada por los españoles, fue rechazado con grandes pérdidas.

La muerte del mariscal de La Tremouille, fue una gran pérdida para su ejército, cuyo mando tomó el duque de Mantua, para dejárselo mas tarde al marqués de Saluces, obligado por la insubordinación de sus mismas tropas.

Inútiles fueron todos los esfuerzos que los franceses hicieron para forzar el paso del Garellano, siendo rechazados cuantas veces lo intentaron, lo que, unido á lo pantanoso y mal sano del lugar en que se hallaban, provocaba en su campo multitud de deserciones y escenas repetidas de insubordinación y desacato á sus mismos jefes, que empezaban á perder toda su influencia entre ellos.

Los soldados de Gonzalo tambien tenian que sufrir lo mismo; quejábanse tambien, pero el Gran Capitan, ora con la dulzura, ora con la fuerza, como que en su plan entraba el permanecer allí, supo obligarles á que resistieran.

Y lo que Gonzalo se habia propuesto sucedió. Mientras el ejército francés se consumía y se desmoralizaba en aquel punto, aumentábase el de Gonzalo con los refuerzos que le llegaron de Roma, y cuando estuvo seguro del resultado, hizo pasar á sus tropas por un nuevo puente que mandó echar sobre el Garellano, y cayendo sobre la guarnición de Suzia, que por cierto no le esperaba, la destruyó, causando tal consternación en el campo francés, que el marqués de Saluces ordenó la retirada hácia Gaeta, abandonando tiendas, enfermos, heridos y parte de su artillería, hasta que finalmente, alcanzado en su huida por Gonzalo, dejó en el campo de batalla de tres á cuatro mil hombres, con otros tantos prisioneros y extraviados y todo aquel poderoso tren de artillería que meses antes habia sido la admiración de toda Europa.

En 1.^o de enero de 1504 se firmaba la capitulación de Gaeta, y el dia 3 entraba Gonzalo en ella, dirigiéndose despues á Nápoles, donde recibió el juramento de fidelidad al rey Fernando de todas las corporaciones, mostrándose tan pródigo en conceder recompensas á los capitanes que con él habian compartido los azares de la campaña, que Fernando no pudo menos de exclamar al saberlo: «¿Qué importa que Gonzalo haya ganado para mí un reino, si lo reparto antes que llegue á mis manos?»

Extraordinaria fue la tristeza que produjo en Francia la derrota del Garellano y la subsiguiente rendición de Gaeta, viéndose obligado el rey de Francia á firmar en 11 de febrero de aquel año el tratado de paz de Lyon, por el cual el rey D. Fernando quedaba en pacífica posesión del reino de Nápoles, cesando las hostilidades entre ambas naciones y restableciéndose las relaciones comerciales entre ellas.

Mientras estos sucesos tenian lugar, la salud de la reina Isabel, cada vez mas decaída, anunciaba un próximo fin, que se realizó desgraciadamente el miércoles 26 de noviembre de 1504, causando semejante acontecimiento un dolor extraordinario.

La que habia sido esforzada en la guerra, prudente en los consejos, enérgica ante la adversidad, severa con los delinquentes, entendida en los mas árduos negocios del Estado, cariñosa en el seno de la familia y amante de todos sus súbditos, vió acercarse el término de sus dias minada por la inmensa pesadumbre producida por la desgracia de todos sus hijos, con tanta fortaleza de ánimo como cristiana resignación.

El dia 12 de octubre de aquel mismo año habia otorgado su testamento, postrera obra de aquella Reina que tantas notables habia realizado, y en el cual respaldaba de una manera palpable, tanto la discreción de que diera en su vida repetidas pruebas, cuanto el inmenso cariño que profesaba á su esposo y el interés que por sus pueblos se tomaba.

En él demostró que en tan supremos momentos conservaba una completa lucidez en sus facultades mentales, merced á la cual nada omitió ni nada le pasó desapercibido.

Disponía que se la enterrase en el convento de san Francisco de Granada, vestida con hábito franciscano, añadiendo: *Pero quiero é mando que si el Rey mi señor eligiere sepultura en otra cualquiera iglesia ó monasterio de cualquier otra parte ó lugar destos mis reinos, que mi cuerpo sea allí trasladado é sepultado junto con el cuerpo de su señoría, porque el ayuntamiento que tocamos viviendo, é que nuestras ánimas espero en la misericordia de Dios ternán en el cielo, lo tengan é representen nuestros cuerpos en el suelo.*

Disponía tambien que sus exequias se hicieran sencillamente y sin fausto ni ostentación alguna, entregándose á los pobres el dinero que de otro modo hubieran podido importar aquellas.

Quedaban suprimidos todos los oficios de la casa real que no fuesen verdaderamente necesarios, revocando además cuantas mercedes hubieran podido concederse sin una causa plenamente justificada, recomendando á sus sucesores que sostuviesen siempre la integridad de sus estados, y muy especialmente que no renunciasen jamás á sus derechos ni perdiesen la plaza de Gibraltar.

A los cincuenta y cuatro años de su edad y treinta de su reinado, falleció la reina D.^a Isabel I en Medina del Campo, habiendo llegado pocos dias antes al puerto de Sanlúcar, en un buque fletado á su costa, Cristóbal Colon, pobre y abatido, despues de haber descubierto para aquella misma Reina, á quien no alcanzó á ver en sus postreros instantes, un Nuevo Mundo digno de ella.



D.^a JUANA LA LOCA.